

El principio del final:

La verdad es que no fue fácil, pues tratábamos de preservar la vida submarina. Las circunstancias tampoco acompañaban, el planeta se encontraba en medio de una pandemia y ahí estaba yo, otra vez confinado en mi casa, debido a este virus que acechaba como un silencioso enemigo y las esperanzas de salir, de volver a la rutina y retomar el curso por donde lo había dejado, eran nulas.

Todo comenzó con un simple mensaje de mi profesor de química diciéndome si quería participar en un proyecto científico para la Universidad Politécnica de Valencia. Fue leer el nombre de la universidad y sin pensarlo respondí: Cuenta conmigo. Desde ese momento ya no me sentía tan devastado y triste, ya no me sentía aislado. Era febrero de 2021 y sabía que los meses siguientes no iban a ser fáciles.

Comenzamos 2 semanas después, cuando Jesús (nuestro profesor) nos comunicó que habíamos pasado de fase y nuestro proyecto Adsorción de Contaminantes Mediante Materiales Preparados a Partir de Mascarillas Quirúrgicas despegaba hacia un proceso tan largo como el título. Nuestro objetivo era comprobar que a partir de los materiales con los que estaban hechos las mascarillas quirúrgicas (como el polietileno o el carbón activado) eran capaces de adsorber contaminantes, en especial el azul de metileno, de las aguas residuales que acaban en los mares y océanos y que al año provocan la muerte de miles de criaturas marinas.

Cuando empezamos todo nos sonaba a un idioma raro. Mis compañeras y yo apenas lográbamos entender lo que el profesor nos decía, y cuando nos explicaba todo y nos poníamos a realizarlo, nos mirábamos entre todos para ver si alguien lo había entendido. Y yo creo que eso es lo que hacía especial a nuestro grupo: aunque no lo entendiéramos, tratábamos de juntar todo lo que habíamos oído, y con ello, realizar el trabajo. Porque al fin y al cabo ¿qué sería de un grupo si no hay trabajo en equipo?

Pronto le cogimos cariño al laboratorio y a esas batas blancas tan típicas de las películas, pero en este caso, no éramos los típicos científicos locos, sino más bien unos superhéroes destinados a salvar miles de vidas (tanto humanas como animales). También nos acostumbramos a las disoluciones de azul de metileno y de agua destilada, a las mascarillas y a sus componentes. En resumen, le cogimos cariño al proyecto. Y semana tras semana, aprendíamos algo nuevo, algo que por desgracia no se puede ver en una clase común de química.

El trabajo avanzaba bastante bien. Quedábamos 2 o 3 veces por semana y aprovechábamos hasta el más mínimo tiempo para abrir el laboratorio y ponernos manos a la obra. La recta de calibrado, a ojos de nuestro profesor, iba muy bien y, además, tras haber puesto varias disoluciones en el agitador magnético con distintos materiales, habíamos encontrado el material perfecto (y el

que nos daba una mayor efectividad) para llevar a cabo un pequeño prototipo de planta, que consistía en hacer pasar una disolución con el contaminante a través de una columna que contenía el adsorbente y pequeñas virutas de polipropileno para evitar caminos preferentes.

La recta final del curso se acercaba, lo que significaba que el proyecto tocaba su fin. Sin embargo, esto último tenía que esperar, porque delante de nosotros se presentaba un gran muro llamado Selectividad. Teníamos que comenzar a construir los escalones para dejar atrás ese gran obstáculo y por desgracia, el proyecto debía esperar.

Tras casi 3 semanas de parón volvimos con más fuerza para ponerle la guinda final a un proyecto perfecto. Realizamos la columna y recogimos una muestra cada 10 ml para medir su adsorbancia y, paralelamente, llevamos a cabo la presentación final. Los mililitros se sucedían, y finalmente, tras 36 muestras, es decir, 360 ml, el 18 de junio terminamos la parte experimental. Ese día pudimos decir con rotundidad, que nuestro proyecto podía salvar los mares y océanos.

Tras ello, conocimos a Inma, la coordinadora del proyecto y, al día siguiente, presentamos nuestro trabajo frente a la Universidad. Una presentación que, aunque no fue perfecta, habíamos preparado y ensayado día tras día.

Era 22 de junio, y este día significó el fin de un proyecto que iniciamos con ilusión, con asombro hacia algo nuevo, con el fin de hacer de este mundo en los próximos años, un lugar habitable y libre de contaminaciones. Un proyecto, donde aparte de trabajo y esfuerzo, hubo risas, juegos y, sobre todo, momentos inolvidables. Porque ese día también significó para tres de los integrantes el fin de una etapa, el comienzo de una madurez total y el último día en nuestro instituto, en el cual habíamos comenzado el despegue de un proyecto que era largo (como anteriormente dije), pero que finalmente, se convirtió en un recorrido efímero, como todo en esta vida.

Sin embargo, este es el principio del final. Nuestro proyecto es por así decirlo un grano de arena, que se suma a las miles de investigaciones que, como la nuestra, luchan para combatir la contaminación.

Y que la ciencia no se dé por vencida con nosotros, porque seguiremos investigando y haciendo proyectos, pues como dijo Margarita Salas: “Por encima de todo, mi vida es la Investigación”.